GT 6: Cuerpo, Poder y Sociedad

El Cuerpo como metáfora social en dos cuentos de Acevedo Díaz

Enrique López Noya

Licenciado en Ciencias Históricas. Opción Investigación

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.

quiqueln@yahoo.es

Introducción

Desde la perspectiva de que en el Uruguay de fines del siglo XIX y principios del siglo XX se pueden observar conductas y valores diferentes a los que habían modelado la vida de las personas hasta entonces y de que el país entraba en un proceso de modernización que afectó a todos los integrantes de la sociedad, este trabajo se propone analizar dos obras de Acevedo Díaz.

El ámbito de la literatura provocó distintas respuestas de acuerdo a la clase social, ideológica y tendencias estéticas de aquellos autores que propusieron un imaginario nacional que se ajustara a la nueva realidad, Acevedo Díaz aspiraba a la formación de una sociedad que pudiera ser reconocida como nacional y que pudiera encontrar el camino para su rápido y sostenido progreso y modernización. Esta tarea tenía que realizarse, generando sentidos socializantes que permitieran forjar imágenes de pertenencia y solidaridad nacional y valores destinados a alcanzar la ansiada modernidad.

Para este trabajo se toma como válida la idea que propone Foucault de que existe un «descubrimiento del cuerpo como objeto y blanco del poder»[1]

La primera obra a trabajar es «Silvestre y Basilio». En el contexto de la mencionada modernización el papel que le toco jugar al gaucho fue desgraciado. La mayoría de los habitantes rurales tuvieron que migrar a las ciudades, particularmente a la capital, donde muchos pasaron a integrar cinturones de miseria. En este cuento nos encontramos al

[1] Foucault, M, *Vigilar y Castigar, nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008, p.158.

personaje suburbano de Montevideo, el matón amparado por los poderosos, aquí el autor abandona sus gauchos tradicionales para dar paso a los personajes de las orillas de la ciudad-puerto. Hay una clara intencionalidad en su obra que nos indica que se hace urgente el triunfo del progreso sobre la «barbarie». Para lograr su objetivo Acevedo Díaz recurre a la descripción de rasgos físicos de sus personajes, ya que como dice Le Breton

> la presentación física parece valer socialmente como una presentación moral. La puesta en escena de la apariencia deja librado al actor a la mirada evaluativa del otro y especialmente al prejuicio que lo fija de entrada en una categoría social o moral por su aspecto o por la forma de su cuerpo o de su cara.[2]

En el otro cuento a analizar «El sentir de Elena» también utiliza las descripciones físicas como metáfora de lo social, pero aquí realzando su belleza su delicadeza y también su nivel cultural.

La Modernización y su influencia sobre la literatura

Influenciado por su condición de arquitecto Salvador Schelotto opina que durante varias décadas del siglo XIX Montevideo fue testigo de un radical y profundo proceso de transformación material y cultural que ayudo a impulsar un moderno desarrollo futuro. «Montevideo entre 1829 y 1890 se construye nuevamente a sí misma como ciudad, define una renovada identidad urbana en un territorio conceptual en permanente disputa.»[3] Este autor basándose en trabajos de Barrán, observa una pugna entre la sensibilidad bárbara y el disciplinamiento, sensibilidades que encasilla en una antinomia entre un país pastoril y caudillesco y otro urbano y doctoral, en definitiva entre civilización y barbarie o entre un país que contrapone lo rural a lo urbano, entre un mundo tradicional atrasado y la voluntad de inventar el Uruguay moderno. Es el tiempo en que es construida una cultura urbana inédita paralelamente al proceso que es fundado un territorio nuevo, y un imaginario nacional. Las instituciones también comienzan a ocupar un lugar de importancia en la estructura urbana. Se puede destacar entre la nueva arquitectura de la ciudad, las instituciones educativas sean estas religiosas o laicas, estaciones tranviarias, fábricas, molinos, industrias relacionadas con la carne, usinas de gas y de electricidad. Para el mencionado autor, esto es ejemplo de una de pujante actividad relacionada con la

---

[2] Le Breton, D, *La sociología del cuerpo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002, p.82.

[3] Schelotto, S, «Montevideo 1829-1890: Una urbanidad se gesta entre la civilización y la barbarie. La ciudad y la cultura urbana en el siglo XIX» en Achugar, Hugo, Mabel, Moraña, *Uruguay: Imaginarios culturales, desde las huellas indígenas a la modernidad*, tomo I, Montevideo, Trilce, 1998, p.203.

modernidad. «Como ciudad que se quería moderna, Montevideo, no podía permanecer ajena a la sustancial variación de las formas de convivencia (…) a formas de ocio y la recreación, al tratamiento del cuerpo y la evidencia de la muerte.»[4] Según Barrán, hacia el 1900 podemos observar sentimientos, conductas y valores diferentes a los que existían predominantemente en Uruguay hasta por lo menos 1860. Es posible apreciar una sensibilidad diferenciada de la anterior en las en las primeras décadas del siglo XX,

> aunque perviven —tal vez hasta hoy— rasgos de la anterior 'barbarie'. (…) en la historia de la cultura, las fechas que delimitan periodos son casi fantasías. Y sin embargo, la historia necesita siempre de marcos cronológicos que, a pesar de su arbitrariedad, permiten entrever su sustancia, el tiempo. Un análisis cuantitativo de las más significativas medidas gubernamentales y las modas sociales indicadores de la 'civilización' demuestra de la existencia de tres décadas claves en la implantación del nuevo orden: los años que van de 1860 a 1890.[5]

Conjuntamente aparecen sociedades de socorros mutuos, asociaciones filantrópicas, instituciones educativas, asilos y hospitales que dejan su impronta en el espacio urbano a través de la materialización en edificios de gran porte. Para Schelotto la experiencia de construcción-imaginación (construcción material, construcción simbólica) del espacio de un Montevideo moderno, cosmopolita, liberal, distinto del colonial tradicional provinciano, insumió un período de seis décadas, desde 1829 a 1890.

En el período 1860-1890 (según Barrán) el Uruguay se 'modernizó', es decir, «acompasó su evolución demográfica, tecnológica, económica, política, social y cultural a la de Europa capitalista entrando a formar parte plenamente en su círculo de influencia directa.»[6] Entre 1875 y 1910 el Uruguay se incorporó a la economía del mercado internacional. Uruguay entraba en un proceso de modernización que tocó a todos los integrantes de la sociedad y esta situación también afectó a la literatura. «Lo cierto que en el nuevo tablero (…) trazado por la modernización el papel que le toco jugar al gaucho fue desgraciado.»[7] Las imposiciones de la nueva economía y política uruguayas fueron incapaces de incorporar al gaucho como sujeto social y político en el nuevo orden de producción.

---

4 Ibíd., p.210

5 Barrán, J.P, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, libro segundo El disciplinamiento 1860-1920. Montevideo, Banda Oriental, 2008, p. 215.

6 Barrán, J.P, Ibid., p. 218.

7 Olivera-Williams, M, «Modernización y fin de siglo. Naturalismo y Criollismo» en Achugar, Hugo, Mabel, Moraña, *Uruguay: Imaginarios culturales, desde las huellas indígenas a la modernidad*, tomo I, Montevideo, Trilce, 1998, p.293.

Para Pablo Rocca varios escritores latinoamericanos estaban preocupados por la formación de un cierto tipo de sociedad que pudiera ser reconocida como nacional y también la manera de encontrar un rápido camino para el progreso y la modernización. Esta preocupación estaba vinculada a la cohesión, al orden y a la integración del cuerpo social, al que además había que dotar de una historia, con su inevitable simbología patriótica, y

> de un territorio como representación semiótica de lo propio. Como es claro, parte de esta tarea tenía que hacerse discursivamente, esto es, generando sentidos socializantes que permitieran forjar imágenes de pertenencia y solidaridad nacionales y valores destinados a alcanzar la ansiada modernidad.[8]

En opinión de Silvia San Martín, Acevedo Díaz es un autor que ha teorizado reiteradamente en varios trabajos y artículos sobre narrativa histórica, sobre estética literaria, ha realizado análisis historiográficos y también ha realizado política partidaria, ha «considerando la literatura como servicios público a la colectividad, proveedora de imágenes ideales, siempre imbuido en la aspiración de encontrar fundamentos 'científicos' (ver darwinismo) a la constitución de los conglomerados comunitarios»[9]. Este autor tiene conciencia de formar parte de un proyecto de conformación de un pasado histórico concreto que se ajuste con el proyecto de un país modernizado.

Silvestre y Basilio

Este cuento fue publicado en el Nacional, año III, segunda época, número 781, en noviembre de 1895. Según Pablo Rocca, la fecha de composición y publicación del cuento deben ser coincidentes. Según el mencionado autor Acevedo Díaz, expone su filosofía a priori de las acciones propiamente narrativas. Arturo Ardao reseño las ideas del escritor concluyendo «que en estas se ve nítidamente el tránsito del espiritualismo clásico al positivismo y la relación que con ello guardo con el carácter y el destino de su obra literaria.»[10] Según Rocca, Ardao no se atreve a ser concluyente en este punto al no manejar un amplio repertorio de pruebas documentales, pero este cuento le daría razón a Ardao,

---

[8] Rocca, P, «Los destinos de la nación. El imaginario nacionalista en la escritura de Juan Zorrilla de San Martín, Eduardo Acevedo Díaz y su época» en Achugar, Hugo, Mabel, Moraña, Uruguay: Imaginarios culturales, desde las huellas indígenas a la modernidad, tomo I, Montevideo, Trilce, 1998. P.244

[9] San Martín Petrocelli, S, «Eduardo Acevedo Díaz: el cuerpo como espacio político en el combate de la tapera» en Lago, S, El cuerpo como espacio político en Acevedo Díaz, Montevideo, Departamento de publicaciones de la Universidad de la República, 2002, p.69.

«Por esta época el evolucionismo darwiniano positivista de Acevedo Díaz es evidente: razas que se depuran a medida que las generaciones se suceden; subclases espurias dentro de esas razas; el conocimiento (la ciencia y la escuela) que domina los instintos primitivos y encauza al individuo díscolo por el camino de la civilización; el triunfo inevitable del progreso; la lenta extinción del individualismo 'salvaje' ante la organización social 'culta´ (…) Resabios visibles del pensamiento de Domingo F. Sarmiento, en Facundo (1845) pesan en estas valoraciones» [11]

El personaje suburbano en él Río de la Plata, el matón amparado por los poderosos (los del poder político y económico) encuentra en este cuento quizás su primera descripción. Será luego un tema recurrido en el tango y la poesía orillera. En las consideraciones sobre la escritura de este relato, debe tenerse en cuenta que la cercanía del período militarista y la contemporaneidad del gobierno de su enemigo Julio Herrera y Obes (1890-1894) contribuyen a que Silvestre y Basilio tengan un fuerte embate político contra sus adversarios. Los párrafos finales, y en particular el remate del texto, no ocultan el tono acusatorio a esos 'ciertos bárbaros' que protegen a este personaje.

> El gaucho legendario, el hombre rudo de una sola pieza con sus hábitos coloniales y sus instintos de fiera independencia, paso ya al dominio de la historia. Perdura sin embargo, si bien modificada, su crudeza nativa, su idiosincrasia especial en los hombres de los campos, ya manejen estos la esteva del arado o sirvan a la industria del pastoreo o vivan en los montes junto a las alimañas: el subgénero no se ha extinguido en absoluto. La ley del progreso moral e intelectual, ejerciendo su influencia evolutiva en todos los fenómenos sociológicos, no ha logrado aún destruir la raíz de las viejas costumbres nutrida en la tierra gorda del desierto, semejante a la de esas plantas indígenas cubiertas de espinas y pinchos que brindan todavía al hombre errante higos chumbos y jugosos tallos. (…) El progreso va lento empezando por el cambio superficial de la vestimenta para concluir encendiendo una luz consoladora en el cerebro. La fuerza de la regla disciplinaria y el imperio de la costumbre prevalecen sobre los instintos que abluctan y se increpan: y natural es que una generación se suceda a otra para que los verbos se hagan carne, y se desarme uno a uno cada instinto brutal, ante las revelaciones y promesas de una nueva vida.

---

[10] Ardao, A, «Etapas de la Inteligencia uruguaya», Montevideo, Departamento de publicaciones de la Universidad de la República, 1968, p.219.

[11] Rocca, P, en Acevedo Díaz, E, *Cuentos completos*, Montevideo, Banda Oriental 1999, p.146.

Acevedo Díaz en esta parte del cuento lamenta que la ley del progreso moral e intelectual no ha logrado aún destruir la raíz de las viejas costumbres y destaca que la fuerza de la regla disciplinaria y el imperio de la costumbre prevalecen sobre los instintos, clave para esto será la educación por intermedio de la escuela. Sostiene Foucault, que entre cada lugar del cuerpo social, ya sea entre un hombre y una mujer, en la familia, en la escuela, entre el que sabe y el que no sabe, transcurren relaciones de poder que son

> el suelo movedizo y concreto sobre el que ese poder se incardina (…) Para que el estado funcione como funciona es necesario que haya del hombre a la mujer o del adulto al niño relaciones de dominación bien específicas que tienen su configuración propia y su relativa autonomía[12]

> Aunque no se levante erguido amenazando con el hierro en las lomas de las soledades al principio del orden y de la superioridad moral, el caudillo caprichoso y prepotente de otros lustros, cruzadas como lo están hoy esas soledades por la locomotora que ahoga con un silbato el bramido del toro y por el hilo eléctrico que transmite trémulo la palabra humana, persiste no obstante sobre el suelo, a la manera de un fruto del clima, cada día más escaso y reducido, como los ombúes solitarios, aquel espíritu de independencia individual se retraía tantos agentes útiles de la labor fecunda para lanzarlos (…) sobre la obra paciente de la clase pensadora con la violencia de un pampero formidable.
>
> En cambio (…) del gaucho que se aleja, del gaucho que se va perdiendo entre las nieblas de la leyenda, pulula (…) y con especialidad en los centros urbanos, un agente singular a la vagancia y el vicio, y por lo mismo enemigo del trabajo que levanta y dignifica, engendro de los resabios de herencia, entidad de media pieza, y esta de mala ley, que pugna siempre por injertarse o por lo menos adherirse a la suerte de los poderosos en días de conflicto, exactamente lo mismo que los peces de ventosas al vientre de los grandes voraces de las aguas profundas, para medrar con los despojos de sus festines.
>
> Este agente dañoso (…)[es]difícil de extinguir en tanto la escuela primaria no haga suyo los fondos sociales: y que aun sabiendo leer, escribir y las cuatro reglas, en su caudal de instintos y de apetitos desordenados, busca el recurso de befar a la virtud de elevarse sobre el talento y de deshonrar la democracia. De entre agentes semejantes han salido hombres públicos, de que ha de asombrarse la historia, musa

[12] Foucault, M, «Microfísica del poder», Madrid, Las ediciones de La Piqueta, 1992, p.167.

> severa que no se ruboriza, sin embargo, al observar como entre las tribus salvajes los hombres gobiernan en cueros.

Escribe Foucault en *Vigilar y Castigar*, que el cuerpo está inmerso en la esfera política, las relaciones de poder lo hacen presa

> lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a trabajos, lo obligan a ceremonias, exigen de él signos. Este cerco político del cuerpo va unido en función de relaciones complejas y recíprocas, a la utilización económicas del cuerpo, en una buena parte está imbuido de relaciones de poder y dominación, como fuerza de producción, pero en cambio, su constitución como fuerza de trabajo solo es posible si se halla inmerso en un sistema de sujeción (…) el cuerpo solo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sometido.[13]

> Tipo original, entre el hombre rudo de campo y el hombre culto, (…) con todos los resabios malos del primero sin ninguna de sus virtudes, y la imitación servil de los hábitos del segundo sin ninguna de sus noblezas (…) sin aptitudes para el trabajo, rondador constante de suburbios en busca del amorío lúbrico y de la dependencia oscura, con el pañuelito de la mano oscura (…) y alguna macana en la diestra (…) brillante el cabello largo a agua de rosa o a perfume de albahaca, en contraste remarcable con los efluvios de ginebra del aliento (…) el ojo avieso bajo el ala del sombrero, los hombres alzados por una contracción muscular viciosa, el andar ruidoso como de hombre que pisa fuerte, la mirada en el suelo o de soslayo al transeúnte, torcido, torcida y hosca; de frases breves e incisivas, comiéndose las sílabas, mirado con desconfianza por el hombre de campo y con desdén por el hombre de ciudad (…) ni gaucho de buena ley, ni pilluelo de sutil astucia, condenado a no salir del medium formado entre los suburbios y los pantanos del ejido, salvo en los casos de conmoción y de tumulto, o de apremio de su presencia en los atrios electorales para falsear el voto público y poner gesto fiero al ciudadano.

Luego el autor introduce aquí dos de estos individuos que crecen como los gongos en las humedades. Una de estas entidades se llamaba Basilio Vargas.

> Nada de alzarle la voz, porque entonces se crecía en cólera; ni de mirarle con mal seño o gesto severo, porque se avanzaba quebrándose con insolencia; ni de rozarle en la pelusa del saco de fiesta que llevaba sin arruga en las espaldas porque se volvía

[13] Foucault, M, «Vigilar y Castigar, nacimiento de la prisión», Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008, p.35.

> desde luego con un terno sangriento en los labios, o sacudía el brazo con aire agresivo. Encogiéndose cual si lo hubiesen punzado en la nuca; nada de elogios a un guapo en su presencia (…) Temeridad fuera decirle a Basilio que sus piernas fueran sanquituertas, ni llamarle la atención sobre un verruga en el esfenoides, semejante a un poroto chino (…) Encelado a toda hora, envidioso, pendenciero, se le veía por la tarde en las esquinas con el ponchito al hombro, retorcido el bigote, el sombrero en la nuca, cuando no sobre las cejas, el puñal en el bolsillo interior del saco y la diestra apoyada en el mango de plomo dorado de un bastón que servía de vaina a un espadín convertido en daga. Era íntimo de cuadillos, confidente de gobernantes, camarada de jefes, los que a una sola de sus insinuaciones, mandaban sacar el grillete a un presidiario, o destituían a un subalterno antipático, o ascendían a alférez a un rival cualquiera (…) Basilio estaba convencido de ser un hombre de alto prestigio. (…) Su figura, su aire, su talla, sus modales, no carecían de originalidad. De cruza indígena; la piel color de aceituna, curtida por el sol y el viento formaba arrugas profundas enredador de los ojos oscuros y envelados, de córnea enrojecida, párpado duro y pestañas de cerda. La expresión de su pupila entre aquella masa pulposa tenía algo de bestial. El cráneo sembrado de protuberancias estaba cubierto de grenas gruesas y cortas que al brotarle de la misma frente se retorcían hacia afuera y caían en forma de arco como tenacillas de araña sobre las cejas nutridas, y a su vez nutridas sobre las cuencas. Los temporales un poco hundidos, hacían resaltar los extremos superiores de las mandíbulas y entre dos pómulos que parecían escaparse del armazón óseo como rótulas sin tegumentos, se asentaba una nariz abultada y carnosa, debómer saltado y fosas peludas. De estatura elevada, fornido y musculoso, Basilio había militado en caballería y obtenido una alta graduación. No porque hubiese acometido proezas heroicas, sino porque en todo tiempo fue un instrumento dócil para la ejecución de designios tenebrosos.

Humberto Eco opina que la fealdad también es un fenómeno social, los miembros de las clases altas desde siempre han considerados desagradables o ridículos los gustos de las clases bajas. Podría decirse sin duda que en ésta discriminación han intervenido factores económicos,

> no obstante, muchas veces la discriminación no ha sido económica sino cultural; es un hecho habitual destacar la vulgaridad del nuevo rico que, para hacer ostentación de su riqueza, va más allá de los límites que la sensibilidad estética dominante asigna al buen gusto. [No necesariamente definen la sensibilidad estética dominante quienes poseen el poder político y económico] sino más bien la que fijan los artistas, las personas cultas, los que son considerados por el mundo

> literario artístico y académico o por el mercado del arte y de la moda expertos en 'cosas bellas'.[14]

Su compañero Silvestre Andino

> era como un subgénero dentro de la variedad. Con una apariencia de lelo, no carecía de sagacidad y de astucia y [era]sumiso a las advertencias y a las órdenes de sus protectores liberales, procurando siempre envolverse en el manto del disimulo que le ofrecían amplio su fondo hipócrita y su temperamento dúctil y maleable (…) de posición tan humilde, al favor de los sucesos tumultuosos, (…) se afeitaba el pescuezo en la nuca, al hacerse el corte del cabello lacio que usaba en forma de cola de pato (…) era su favorita la uña del meñique de la mano izquierda, larga y de canuto, tan barnizada por el humo del tabaco negro como el hueso del becasín; en el índice de la derecha de piel muy morena, gastaba anillo con brillante, y, debajo de la solapa de la levita llevaba en todo tiempo cuidadosamente doblado un pañuelo de seda, con una inicial entre corona de flores. En su afán de nivelarse con los hombres de valer y de imitar fielmente sus usos, calzaba guantes de cabritilla negra aunque no estuviese de duelo, (…) corbata blanca, en camisa de chorrera y frac de cola puntiaguda (…).

«La particular dinámica política de ese momento histórico, llevó a Acevedo Díaz a poner el acento en la moralización política y administrativa del país». Expresaba Acevedo Díaz en *El Nacional* (Primer editorial de Acevedo Díaz en El Nacional)

> El gobierno no es más que un medio y un ejecutor; no es un fin. El fin es la vida institucional en su mayor plenitud, la costumbre del derecho, el hábito invariable de la justicia distributiva, la libertad de trabajo y del voto en todas sus más amplias y nobles manifestaciones, la dignificación de los partidos por la elevación constante de sus ideales, la recaudación y la intervención honrada de las rentas públicas, dentro de un sistema tributario proporcional y equitativo.[15]

> Así enfundado se exhibía muy grave en los bailes de la dictadura esmerándose en copiar de los diplomáticos complacientes aquellas maneras que pudiesen servir en lo sucesivo a su decoro externo, e influir en la opinión de los que hubiese menester de sus habilidades. Más perspicaz y previsor que Basilio, Andino sabía bien que

---

[14] Eco,H, *Historia de la fealdad*, Barcelona, Debolsillo, 2007, p. 394.

[15] Maiztegui, H, *Uruguay en el proceso de institucionalización rioplatense*, tomo 2, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994, p. 231.

> nada podía él contra la superioridad moral de ciertos hombres. (…) Esta especie de gusano sabe fabricar su capullo y atraer las miradas.

El sentir de Elena

Este cuento apareció el 4 de agosto de 1890. Opina Humberto Eco que en esta época las clases burguesas alcanzaron la máxima capacidad de representar sus propios valores en el ámbito del comercio y también en la vida cotidiana

> las reglas del vestir, del comportamiento en público, de la decoración, [el mundo burgués en general] es un mundo regido por una simplificación de la vida y de la experiencia en un sentido genuinamente práctico: las cosas son correctas o equivocadas, hermosas o feas, sin complacencias inútiles en el equívoco, en los rasgos mixtos o en las ambigüedades.[16]

> Sobre una mesa de nogal [se podían ver] unos libros de encuadernación vistosa y elegante. Obras de Shakespeare, de Byron, de Dickens, (…) constituían las lecturas predilectas de Elena, aunque variase la índole literaria en tan luminosos proyectos del ingenio. Se había nutrido su espíritu con todo ese poderoso alimento, condensando en gran suma las purezas, los entusiasmos, las castidades.

El autor resalta el gusto por la literatura en su personaje, pero también el buen gusto por las encuadernaciones de esos libros apoyados en una mesa de nogal y los denomina alimentos para el espíritu.

> Entre muchos de sus admiradores, dos habían llamado fuertemente a su corazón. El uno, adusto, varonil, casi huraño, en cuyos ojos pardos vagaba el ensueño y en cuyo labio trémulo, hinchado y rojo, palpitaba la pasión cuando de él brotaba una frase ardiente. El otro, comunicativo, fino, galante, de ojos azulados con estrías verdosas, cabello rubio, cuello muy recio, sonreír permanente y palabra fluida. Había optado Elena por este admirador, de su gestión sutil e inteligente (…) era su tipo ideal: pues si imperfecciones tenía, se sentía dichosa de corregirla en su mente enardecida, con la misma facilidad que a sus sedosos bucles cuando se desordenaban sobre las blancas sienes.

En su obra La sociología del cuerpo opina Le Bretón que

[16] Eco, H, *Historia de la belleza*, Barcelona, Debolsillo, 2004, p.362.

> Entre las zonas del cuerpo humano, en la cara se condensan los valores más altos. En ella se cristaliza el sentimiento de identidad, se establece el reconocimiento del otro, se fijan las cualidades de seducción, se identifica el sexo.[17]

> El primero de ellos se llamaba Hugo y dijo un día a Elena «el amor ideal, como lo quisiéramos, solo se sueña.» El otro llamado Aurelio le dijo un día «no hay nada más posible y real, que la espiritualidad en el amor» De buena fe, llegó a creer en la frase de Aurelio, y optó por él. Un día en el paseo le dio su brazo en presencia de Hugo, a quien dispensó un saludo frió y una mueca cruel.

El autor la describe a Elena de pelo rizado muy negro, el cuello solo ostentaba su blancura sin un pliegue, como piedra de escultura maestra para resalte de su belleza. Era erguida, esbelta, cambiando a veces de actitud, de posición y de gesto. Albornoz y Argouse opinan que

> los cuerpos de las mujeres trazan las huellas de sus personas. El cuerpo visto y relatado (apariencia, comportamiento y voz, en ese orden de secuencia, a diferencia de lo masculino) permite encajar o no en los modelos, es lo que facilita el acceso a los espacios [por ejemplo] jurídicos y judiciales establecidos.[18]

> Alrededor de su ilusión, todo lo demás no era si no accesorio: detalles de adorno, como aquellos de arte, de gracia o lujo que circundan una imagen. Armonías, hechizos juveniles, flores, preseas, tules, sedas, aromas, ecos cautivantes; todo esto solo daba mayor encanto a su preocupación amorosa.

> Elena extrajo un libro de memorias, regalo de Aurelio y en una de su páginas leyó este episodio. Habíamos desmontado en el bado. Hacia la izquierda se abría un estrecho cubierto por verde bóveda sobre el que, (…) el sol derramaba un torrente de luz deslumbradora (…). Luego de besarla muchas veces Elena preguntó, hasta cuando, Aurelio contestó, recién comienzo. Elena le dio la espalda con un gesto de enfado y se alejó a pasos acelerados. Otros han pasado por estas y otras cosas y no nos dejan de merecer respeto, para esto han nacido los sexos y somos los dos jóvenes. Elena cerró un instante el libro y meditaba. No le había dicho él que nada era tan posible como la espiritualidad en el amor. Aquello que leía por reiterada

---

[17] Le Breton, D, *La sociología del cuerpo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002. p.74.

[18] Albornoz Vásquez, M, Argouse, A «Nuevos Mundos, Mencionar y Tratar el cuerpo: indígenas, mujeres y categorías jurídicas. Violencias del orden hispano colonial, Virreinato del Perú, S. XVII – XVIII», http://nuevomundo.revues.org\53163, p. 6

> vez afirmaba una cosa distinta (…) así debía el pensar, y así proceder. Al acordarse ahora de cómo había sido oprimida entre brazos de hierro, tentada, estrujada, ahogada en una brutal caricia infinita; y al sentir todavía en su boca fresca como una fruta deliciosa el resuello del varón en celo que la abrazó con una llamarada intensa, volvió Elena la cabeza en el almohadón, con un movimiento brusco, y entre cariñosa y ruborizada, dijo en voz alta, trémula: grosero. Simultáneamente con esta exclamación, cruzó por su espíritu huraño y adusto, la imagen de Hugo, de aquel joven taciturno y pardos ojos soñadores que no creía empero en el misticismo del amor. Entonces, por asociación fatal de ideas Elena (…) recordó la leyenda conmovedora de Raymundo Lullio: ¡el amor sin esperanza y sin ideal, un cáncer en una flor de carne!
>
> Cata su sirvienta morocha de trece años de ojos muy negros y expresivos, sonrisa picaresca de confianza que rebozaban, le llevó una taza de leche al dormitorio, momento en que algunas flores marchitas cayeron en la alfombra. Entonces Cata le dice: el predicador de la capilla dice que nos parecemos a la flor, pues nacemos a la mañanita y morimos al caer la tarde.

Acevedo Díaz nos describe a Elena, desde su lugar, desde lo masculino, de un hombre perteneciente a la clase dominante, un hombre culto que está plenamente identificado con la modernización económica y social que se impulsaba desde algunos sectores de la sociedad.

Breves conclusiones

Como nos dice David Le Breton, el hombre no es en sí mismo el producto de su cuerpo, ya que este produce las cualidades de su cuerpo en su interacción con otras personas en su inmersión en el campo simbólico. La corporeidad se construye socialmente. «Las representaciones del cuerpo son una función de las representaciones de la persona (…) las representaciones de la persona y las del cuerpo, corolario de aquellas están siempre insertas en las visiones del mundo de las diferentes comunidades humanas.»[19] En definitiva el cuerpo logra metaforizar lo social y viceversa, en el cuerpo hay un gran despliegue simbólico que contiene desafíos sociales y también culturales. La representación física tiene valor social como una representación moral. Existe implícitamente un sistema de clasificación que conlleva un código moral de las apariencias de las personas que excluye la inocencia de toda apariencia física

[19] Le Bretón, Op. Cit, p.27.

> la puesta en escena de la apariencia deja librado al actor a la mirada evaluativa del otro y especialmente al prejuicio que lo fija de entrada en una categoría social o moral por su aspecto o por un detalle de su vestimenta, también por la forma de su cuerpo o de su cara. Preferentemente, los estereotipos se establecen sobre la base de apariencias físicas y se transforman rápidamente en estigmas, en signos fatales de defectos morales o de pertenencia a una raza.[20]

En *Microfísica del poder* Foucault escribe que hasta principios del siglo XX se creyó que la dominación del cuerpo desde el poder tenía que ser «pesada, maciza, meticulosa. De ahí esos regímenes disciplinarios formidables que se encuentran en las escuelas, los hospitales, los cuarteles, los talleres, las ciudades, (…) las familias.»[21] Barrán opina que en el Uruguay las clases altas pasaron del descubrimiento del cuerpo propio al descubrimiento del cuerpo ajeno, las clases dirigentes y conservadoras vieron la importancia del cuidado del cuerpo del otro como forma de proteger al propio. De allí la importancia que se le empezó a dar a la higiene, a la salud, al orden y también a la moral. El descuido del cuerpo se podía constituir en un delito.

Bibliografía

Acevedo Díaz, Eduardo, *Cuentos completos*, Montevideo, Banda Oriental 1999.

Achugar, Hugo, Mabel, Moraña, *Uruguay*: *Imaginarios culturales, desde las huellas indígenas a la modernidad,* tomo I, Montevideo, Trilce, 1998.

Albornoz, María Eugenia, Argouse, Aude, *Nuevos Mundos, Mencionar y Tratar el cuerpo: indígenas, mujeres y categorías jurídicas. Violencias del orden hispano colonial, Virreinato del Perú, S. XVII – XVIII*, http://nuevomundo.revues.org\53163

Ardao, Arturo, *Etapas de la inteligencia uruguaya,* Montevideo, Departamento de publicaciones de la Universidad de la República, 1968.

Ardao, Arturo, *La inteligencia latinoamericana*, Montevideo, Dirección General de Extensión Universitaria, 1987.

Barrán, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay, Tomo I, Tomo II,* Montevideo, Banda Oriental, 2008.

Eco, Humberto, *Historia de la belleza,* Barcelona, Debolsillo, 2004.

Eco, Humberto, *Historia de la fealdad*, Barcelona, Debolsillo, 2007.

Foucault, Michel, *Microfísica del poder,* Madrid, Las ediciones de La Piqueta, 1992.

Foucault, Michel, *Vigilar y Castigar, nacimiento de la prisión,* Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008.

[20] Ibid, 82.

[21] Foucault, M, *Microfísica del poder*, Madrid, Las ediciones de La Piqueta, 1992, p.114.

Lago, Sylvia, *El cuerpo como espacio político*, Montevideo, Departamento de publicaciones de la Universidad de la República, 2002.

Le Breton, David, *La sociología del cuerpo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.

Maiztegui, Humberto, *Uruguay en el proceso de institucionalización rioplatense*, tomo 2, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.

Olivera-Williams, M, «Modernización y fin de siglo. Naturalismo y Criollismo» en Achugar, H, Moraña, M, *Uruguay: Imaginarios culturales, desde las huellas indígenas a la modernidad*, tomo I, Montevideo, Trilce, 1998.

Rocca, Pablo, «Los destinos de la nación. El imaginario nacionalista en la escritura de Juan Zorrilla de San Martín, Eduardo Acevedo Díaz y su época» en Achugar, H, Mabel, M, *Uruguay: Imaginarios culturales, desde las huellas indígenas a la modernida*d, tomo I, Montevideo, Trilce, 1998.

San Martín Petrocelli, Silvia, «Eduardo Acevedo Díaz: el cuerpo como espacio político en el combate de la tapera en Lago», en Lago, S, *El cuerpo como espacio político en Acevedo Díaz*, Montevideo, Departamento de publicaciones de la Universidad de la República, 2002

Schelotto, Salvador, «Montevideo 1829-1890: Una urbanidad se gesta entre la civilización y la barbarie. La ciudad y la cultura urbana en el siglo XIX» en Achugar, H, Mabel, M, *Uruguay: Imaginarios culturales, desde las huellas indígenas a la modernidad*, tomo I, Montevideo, Trilce, 1998.